Repensando la globalización para el Sur*

Perspectivas de las relaciones África - América Latina

MBUYI KABUNDA BADI

Profesor del Instituto de Derechos Humanos de Estrasburgo. Programa de doctorado de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid (GEA)

E-mail: mbuyikabunda@yahoo.com

* Aunque nuestro entendimiento del término "Sur" se refiere a los países de Asia, África, América Latina y el Caribe, hacemos énfasis en África y América Latina en el presente análisis.

CIENCIA POLÍTICA N° 4 JULIO-DICIEMBRE 2007
ISSN 1909-230X/PÁGS. 40-73

Resumen

El análisis pone de manifiesto las consecuencias de la globalización neoliberal o imperialista tanto en África como en América Latina. Partiendo de los aspectos comunes que presentan ambos continentes –históricos y actuales, y los propios desafíos de la globalización–, el autor recomienda el fortalecimiento de sus cohesiones internas con los procesos de integración regionales genuinos, como base de la cooperación Sur-Sur: es la mejor manera de luchar contra la dependencia y la inestabilidad política que les condenan al subdesarrollo. Las nuevas tendencias nacionalistas e izquierdistas de los gobiernos latinoamericanos inauguran una nueva era de esperanza para este continente. La tendencia hacia el derrotismo de África ante el neoliberalismo como resultado de la inestabilidad política, descomposición económica o desagregación de potencias regionales tales como Nigeria, la República Democrática del Congo (DRC) o Costa de Marfil, no predispone a un futuro esperanzador. En este contexto el respaldo de la "nueva América Latina" a África, convertida en el centro de la contradicción entre la globalización y el desarrollo, es fundamental.

Palabras clave: África, América Latina, globalización/mundialización, neoliberalismo, integración regional, cooperación Sur-Sur, afrocentrismo, latinoamericanismo.

Abstract

The analysis shows the consequences of the neoliberal or imperialist globalization in Africa and in Latin America. On the basis their common characteristics (past and present features and the challenges derived form globalization); the author recommends the strengthening of their internal cohesions, associated to their real processes of regional integration, as the basis of the South-south cooperation. This is the best way to fight against the dependency and the political instability, which condemn them to underdevelopment. The new nationalist and leftist tendencies of the Latin American governments is being inaugurating a new era of hope for this continent. However, the tendency toward defeatism of Africa in the face of neoliberalism, as a result of the political instability, the economic degradation or the failing of regional powers such as Nigeria, Ivory Coast, or the Democratic Republic of Congo (DRC), does not depict a hopeful future. In this context, the support of the "new Latin America" to Africa, that has become the center of the contradiction between globalization and development, that is fundamental.

Key words: Africa, Latin America, globalization/mundialization, neoliberalism, regional integration, South-South cooperation, afrocentrism, latinoamericanism.

Globalización: concepto y debates

Concepto de globalización

Existe un debate en torno a la diferencia semántica entre globalización y mundialización, sobre las que existen diferentes definiciones reflejando cada una la temática de una rama específica de ciencias sociales o humanas. Algunos ven en el término globalización la simple transposición del término inglés en francés, *siendo la globalización sinónimo de mundialización*. Otros, como el profesor Isidoro Moreno (2002, p. 26) recalcan la diferencia de naturaleza entre los dos términos y consideran la globalización como un nuevo eslabón de la mundialización, que se inició hace aproximadamente quinientos años. La globalización, como una fase superior y forma actual del proceso mundializante, implica la disolución de las identidades nacionales y la supresión de las fronteras en la lógica de funcionamiento de varias redes de intercambios mundiales[1], económicas, sociales o culturales. Es decir, un proceso de "creciente interdependencia entre los diferentes territorios y pueblos del planeta". Con base en estas diferencias de visiones epistemológicas, cabe mencionar que este artículo se inscribe en la primera línea de pensamiento porque nos parece más adecuada para aprehender las perspectivas de cooperación entre África y América Latina.

La mundialización, según la terminología francesa, o la globalización, según los anglosajones, no es un fenómeno nuevo. Se inició con la industrialización de Europa, para profundizarse en el siglo XX con la intensificación del comercio, los intercambios económicos, las actividades de las multinacionales, los movimientos de capitales y los transportes internacionales rápidos. La verdadera mundialización empieza después de la Segunda Guerra Mundial con el desarrollo de las empresas multinacionales en la búsqueda de la maximización de beneficios y de riquezas a escala del planeta. La novedad, en la actualidad, estriba en el hecho de que la mundialización económica modifica de una manera

1. La mundialización –que ha pasado por dos etapas anteriores, la internacionalización (la apertura hacia el exterior de las empresas con el fomento de las exportaciones) y la transnacionalización (la liberalización de intercambios y de flujos de capitales con el consiguiente desarrollo de las inversiones directas en el extranjero– toma en su tercera fase actual (la de la globalización), la dimensión fundamentalmente económica con la creación de mercados de bienes, servicios, del trabajo y capitales a escala del planeta (Paulet, 2007, pp. 8-11). Es decir, la planetarización del capitalismo. O según Serge Latouche (2005, p. 9), es la etapa superior del imperialismo de la economía.

profunda el modo de vida de millones de personas como consecuencia de extraordinarios cambios tecnológicos.

La mundialización/globalización, que algunos autores distinguen de la internacionalización y de la transnacionalización, siempre ha existido desde que las sociedades humanas se comprometieron en los intercambios y el comercio. Y en el caso africano, dicha globalización se inició en el siglo XV con el comercio triangular o la trata de negros para extenderse en el siglo XIX con la colonización europea, que incorporó al continente en la División Internacional del Trabajo. En América Latina, su surgimiento remonta a 1492 con la conquista europea y la consiguiente dominación de la minoría blanca sobre los indígenas, los negros y otros pueblos de color. Es decir, con las intervenciones externas, políticas, económicas e incluso culturales.

La diferencia con la actual globalización es que se trata de un fenómeno irreversible, resultado de la revolución tecnológica en las comunicaciones, los transportes y el cálculo rápido (ordenadores e internet), con consecuencias económicas, políticas y socioculturales, y que se manifiesta mediante "la creación de un verdadero mercado mundial con una real interdependencia de las economías, profundizada por la revolución de las telecomunicaciones, la desreglamentación financiera y el triunfo del liberalismo económico" (Paulet, 1998, p. 18). Dicho con otras palabras, a partir del ritmo de los intercambios y del comercio, se ha pasado de los imperios coloniales a los flujos petroleros y financieros o a una mundialización de intercambios y de relaciones regionales, mediante la liberalización de las economías (Hafez, 2002, pp. 170-171).

La globalización se lleva a cabo también mediante la superioridad militar de los Estados Unidos. Éstos se sirven de dicha superioridad para ejercer un poder hegemónico e instrumentalizar los órganos de las Naciones Unidas para imponer un mundo militarmente unipolar. Dicho poder sirve para disuadir a los Estados fuertes del Tercer Mundo y someterlos a la mundialización, como sucedió, y sigue sucediendo, con Irak, Irán, Siria, Libia y Cuba. Mientras tanto los Estados del Sur favorables a la globalización, con importantes gastos militares, reciben más ayuda por habitante que los que se oponen a ella. Esta determinación de acabar con los Estados fuertes de Sur por Estados Unidos lo expresa Samir Amin (2004, p. 29) en estos términos: "la clase gobernante norteamericana proclama sin reticencia alguna, que ella no 'tolerará' la reconstitución de ninguna potencia económica o militar capaz de cuestionar su monopolio de dominación del planeta, y se adjudica, con esta finalidad, el derecho de conducir 'guerras preventivas'".

En este nuevo escenario, los Estados Unidos, los únicos dotados con capacidades globales (económicas y militares), han impuesto una visión planetaria del orden que les conviene al resto del mundo (Hafez, 2002, p. 171), es decir su sistema político, económico y social (la unipolaridad de las relaciones internacionales) a través de las instituciones financieras internacionales a su servicio, y que se han convertido en los pilares del gobierno mundial: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, la Sociedad Financiera Internacional (SFI), la OCDE, el G-8, la Organización Mundial del Comercio (OMC) y las empresas multinacionales o transnacionales. Se ha encargado a estas instituciones el gobierno económico del mundo o de la *soberanía mundial* a partir de las reglas del neoliberalismo, y en particular de los programas de ajuste estructural (PAE) impuestos a los países del Sur.

Para conseguir la mundialización, las instituciones financieras internacionales han debilitado el Estado desde arriba (imposición de las reglas del derecho internacional y de la economía internacional) y desde abajo (fomento de los integrismos étnicos y religiosos centrífugos o de los particularismos). Dicho de otra manera, estas instituciones consideraron durante más de dos décadas la acumulación estatal (o el sector público) como fuente de ineficiencia y de corrupción, y la acumulación privada (o el sector privado) como motor del desarrollo y eficiente, a pesar de las desigualdades que genera y que es un mal menor y necesario.

En definitiva, la globalización basada en la ideología neoliberal defiende las ideas siguientes (Horman, 1997, p. 18): el desarrollo depende del crecimiento; el crecimiento está condicionado por la integración en los intercambios internacionales de la economía mundializada; esta integración puede realizarse sólo por la liberalización de capitales, la flexibilidad del trabajo, las privatizaciones, la sumisión a las leyes naturales del mercado; esta liberalización es garante del desarrollo. O lo que es lo mismo, el progreso de las personas es función de su sometimiento a las fuerzas impersonales del mercado. Es decir, el triunfo del capitalismo o la victoria de lo que Benjamín Barber (1996) llama "la cultura McWorld", sin conseguir la desaparición de lo local que sigue oponiendo una cierta resistencia a la globalización neoliberal.

Debates sobre la globalización: defensores y detractores

Existen interesantes debates sobre los aspectos positivos y negativos de la globalización/mundialización (Held y McGrew, 2002, pp. 1-24; Hafez, 2002, pp. 172-173), que es preciso recordar para contextualizar la situación de África y América Latina frente a este fenómeno.

Para sus defensores (los "globalizadores" o "apologistas del

papel estabilizador de la globalización"), la mundialización que nace de la revolución tecnológica (innovaciones en los campos de las telecomunicaciones, transportes y cálculos rápidos, como queda subrayado) es producto de la economía de mercado y de los regímenes liberales y democráticos, estableciendo la amalgama entre la democracia y la mejora del bienestar material. O para parafrasear a Alain Minc, uno de los ideólogos más destacados del neoliberalismo y defensor de la "mundialización feliz", "el capitalismo no puede derrumbarse, es el estado natural de la sociedad. La democracia no es el estado natural de la sociedad. El mercado, sí"; es decir, la deificación del mercado.

Los globalizadores consideran la mundialización actual como un profundo proceso de transformación. Rechazan la afirmación según la cual la globalización es sinónimo de occidentalización y norteamericanización, para insistir en las actividades políticas, económicas y sociales por encima de las fronteras nacionales.

La globalización es cultural (permite la difusión a escala mundial de valores homogeneizados[2]), es comunicacional (favorece el desarrollo de las tecnologías de información), es social (facilita las migraciones y los desplazamientos de personas, cuyos derechos no se respetan por reducirlas a disquetes y ecuaciones), y es económica (insiste en la supresión de los obstáculos al comercio internacional, según las reglas de liberalización de la OMC).

En definitiva, el Banco Mundial (BM), el Fondo Mundial Internacional (FMI), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y el G-8 (grupo de los países más industrializados o "club" de los países más ricos), que defienden la globalización, manifiestan constantemente en sus informes y declaraciones que todos los continentes (con excepción de África hundida por los conflictos políticos con trasfondo étnico, la pobreza y el sida) han mejorado sustancialmente sus economías con efectos positivos sobre la creación de empleos y los mercados financieros. Dicho con otras palabras, estas instituciones defienden el punto de vista según el cual la mundialización

2. Este proceso homogenizador ha tenido como consecuencias o reacciones el auge de los particularismos o de las identidades culturales, confesiones o étnicas; el rechazo del individualismo occidental a favor del comunitarismo o de las perspectivas no occidentales y el ascenso de las fuerzas sociales transnacionales para defender los bienes comunes globales contra la mercantilización neoliberal (Cf. Falk, 2002, p. 230 ss). Es decir, la homogeneización del mundo se acompaña de la afirmación de las diversidades locales.

no aumenta la pobreza, todo lo contrario crea las riquezas; y que el movimiento altermundialista (y no antiglobalización, por defender "otro mundo posible") se ha equivocado. Prueba de ello es que el número de seres humanos que viven con menos de 1 dólar al día, por vez primera (2005), ha disminuido en unos 20 millones; los países que han optado por la mundialización han creado en los últimos años puestos de trabajo industriales para millones de campesinos pobres y han experimentado una tasa media de crecimiento anual del 5%, muy por encima de los países desarrollados. Según el Banco Mundial, 24 países han mejorado su situación económica gracias a la mundialización, entre ellos China, India, Brasil, Bulgaria, es decir, un conjunto que abarca a 3 mil millones de personas, y en el que la pobreza extrema ha disminuido. En cuanto a los países que no han seguido el camino de la mundialización, por distintas razones (guerra, condiciones geográficas desfavorables u obstáculos geográficos, cierre de las fronteras, las desviaciones o la desaparición del Estado, etc.), y que abarcan a 2 mil millones de personas, como la República Democrática del Congo (RDC) y Afganistán, la situación ha empeorado en las dos últimas décadas.

El objetivo no declarado de esta argumentación es conducir a los países del Sur a adoptar la economía de mercado (para su incorporación en la economía mundial), considerada como superior a todos los demás modelos de organización económica. La tesis defendida por estas organizaciones, la clásica y neoliberal, es que el mercado es el regulador óptimo de las economías, el único capaz de permitir a los países en desarrollo resolver sus problemas de subdesarrollo y pobreza.

Según el Banco Mundial y el FMI, en defensa de su política, los países que han aplicado de una manera estricta u ortodoxa sus recomendaciones han encabezado el crecimiento mundial. Dicho de otra manera, durante casi treinta años, el sistema adoptado en Bretton Woods ha conseguido un importante crecimiento mundial (4,7% en el año de 2000, la cifra más alta de la última década), y el número de países miembros del FMI ha pasado de 29 en 1946 a 179, en la actualidad. Estas organizaciones, en la opinión de sus defensores, toman cada vez más en cuenta los criterios humanos y medioambientales en sus recomendaciones, y se han movilizado a favor de la justicia social (el ajuste con rostro social, es decir el capitalismo con rostro humano). Consideran la mundialización como el único medio para hacer acceder a la población mundial al mismo nivel que el de los países industrializados, suministrando a los ciudadanos de los países pobres las mismas oportunidades que las de los países ricos. De este modo, la mundialización toma la forma de la institucionalización de la evolución

del mercado, es decir del capitalismo, con sus contradicciones de intereses y de clases.

Para hacer frente a las críticas de las que es objeto, el Banco Mundial, en su objetivo prioritario de lucha contra la pobreza y en su nueva teoría de los "bienes públicos globales", que se ha de salvaguardar en el mundo (preservación del medio ambiente y de los recursos naturales y lucha contra el sida), ha decidido "humanizar" la mundialización, incorporando en su equipo de macroeconomistas a los expertos en ciencias humanas (sociólogos, antropólogos y geógrafos), que han pasado de 4 en 1990 a 180 en la actualidad, estableciendo un diálogo con la sociedad civil y asociando a las ONG en la concepción y realización de la mitad de sus proyectos.

Por su parte, el FMI vincula su nueva política de reducción de la deuda de los países pobres con la adopción por los gobiernos de estos países de las políticas sociales de lucha contra la pobreza y las reformas económicas. Según su nuevo director general, el profesor galo Dominique Strauss Khan,

> […] la crítica del ultraliberalismo tiene poco fundamento, pese al hecho de que el FMI siempre ha defendido la economía de mercado. El FMI aparece como un bombero enviado para impedir el contagio después de la crisis. Y a veces, sus apaga fuegos son tan potentes que apagan el fuego con el riesgo de asfixiar a los individuos. Encontrar medios para mejor cumplir nuestra misión, con menor coste, es evidentemente un elemento de reflexión para el futuro.

Sin embargo, ambas instituciones, que manifiestan su voluntad de escuchar a los pobres del mundo y de rehabilitar el papel del Estado y de las instituciones públicas en la lucha contra las desigualdades, siguen fundamentándose en el principio de la primacía del mercado libre y en las políticas macroeconómicas de ajuste estructural.

Tanto el Banco Mundial como el FMI consideran que la liberalización de los intercambios, o la mundialización/globalización, beneficiará al conjunto de la sociedad aunque algunos grupos padezcan a corto plazo de la intensificación de la competencia extranjera. Citan como ejemplos los países como Finlandia, Francia, México, Portugal, Singapur, Tailandia o Turquía que, al liberalizar su comercio, han conseguido resultados espectaculares, mientras que los países latinoamericanos han retrocedido como consecuencia de la adopción de una política autárquica.

En lo que se refiere a los Programas de Ajuste Estructural (PAE) (liberalización, privatización y respeto de los equilibrios macroeconómicos, es decir las leyes del mercado), considerados

como los instrumentos económicos adecuados de la mundialización, ambas organizaciones manifiestan que los países que han aplicado correctamente estas medidas han mejorado considerablemente su situación económica. Citan los países del África Subsahariana donde la tasa promedia del crecimiento anual ha pasado del 1%, en 1992-1994, al 4% en 1998-1999. Países como Uganda y Mozambique (antes de la inundación), que han aplicado estas medidas con una cierta constancia, han mejorado su PNB real per cápita en un 40 y 30%, respectivamente. Lo mismo puede decirse de India que, durante las tres décadas después de su independencia en 1947, consiguió con la política dirigista sólo el 1,5% de crecimiento anual por habitante. A partir de mediados de la década de los noventa, este país ha conseguido un promedio del 4% del mismo, resultado de la liberalización del comercio y de la aplicación estricta de los PAE.

En resumen, los defensores de la globalización neoliberal –que consideran que el "desarrollo" pasa por el mercado y el abandono de las ineficientes estrategias socialistas, autocentradas o proteccionistas o las utopías del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) de los setenta–, subrayan los principales resultados positivos siguientes de dicho fenómeno: la recuperación espectacular de los principales países del Sur, en particular de las superpotencias demográficas (China, India y Brasil) que, al adoptar el modelo de desarrollo a favor del mercado, crecen más rápidamente que los países del Norte y han reducido considerablemente el número de pobres en sus países respectivos; el desarrollo del comercio Sur-Sur avanza dos veces más rápidamente que los intercambios mundiales, con la consiguiente autonomización del Sur y su emancipación de la dependencia frente al Norte. Es decir, el inicio de la verdadera descolonización de los países del Sur que, al favorecer la liberalización económica y la inserción en el comercio mundial, se afianzarán como una fuerza locomotora de la liberalización de los intercambios en el siglo XXI, y no los Estados Unidos (Baverez, 2007:, pp. 120-124).

El punto flaco del análisis o de la argumentación que antecede es referirse exclusivamente a los aspectos económicos, comerciales o monetarios, y a partir de los criterios de las sociedades industriales, sin tomar en consideración el conjunto de la situación, es decir la falta de un análisis global, a la vez económico, político, social y cultural.

Sin embargo, en la mayoría de los 80 países pobres que han sido sometidos a los PAE, que no toman en cuenta las especificidades de cada país, imponiendo la misma receta a todos los países, sin preocuparse de las consecuencias sociales y políticas, el resultado ha sido devastador: las revueltas sociales en Latinoamérica, el ascenso del islamismo en

el mundo árabe y del etnicismo en África, resultado de las derivas y la desaparición del Estado o del abandono de sus funciones económicas y sociales, con la consiguiente proliferación de los conflictos políticos e identitarios.

Para sus detractores, que ponen en tela de juicio el propio concepto de globalización a favor del concepto de "internacionalización", el proceso actual se identifica con la occidentalización y la norteamericanización de las economías y sociedades nacionales, es decir la creación de un mercado único y la consolidación del capitalismo anglo-norteamericano en las grandes regiones del mundo. A través de este proceso, los políticos y gobiernos imponen a sus ciudadanos las necesidades y pautas del mercado global. Según ellos, la globalización es responsable de la profundización de las desigualdades entre países ricos (Norte) y países pobres (Sur), mediante el deterioro de los términos de intercambio de las materias primas, es decir la liberalización del comercio no es el instrumento adecuado para reducir las desigualdades económicas entre ambos grupos de países.

Los países del Sur, dotados sólo con las materias primas sin ningún valor añadido y a los que se impone la tiranía de la econometría, no pueden competir con los países ricos (se está celebrando una carrera entre peatones y coches). El proteccionismo, invisible y sutil, de los países ricos bajo la excusa de la protección del medio ambiente, las cuotas aduaneras, la presión de los sindicados de obreros y agricultores y de los movimientos de extrema derecha han llevado a los gobiernos del Norte a limitar los productos procedentes de los países del Sur. Se trata globalmente de recriminaciones puestas de manifiesto por los movimientos altermundialistas durante las reuniones del G-8 (o del Consejo europeo) en Seattle, Davos, Génova, Praga, Doha, Barcelona, Florencia, etc. Estos movimientos insisten en el hecho de que antes que el "Nuevo Orden Mundial", se ha instaurado un "Desorden Mundial", caracterizado por la hegemonía de los Estados Unidos y por crear más problemas de los que había resuelto.

Prueba de ello es la profundización de las desigualdades entre los países ricos y pobres, y dentro de cada país entre ricos y pobres, junto a la marginación o el debilitamiento de las Naciones Unidas en las recientes crisis (cf. Traub, 2007), exclusión que pone de manifiesto el desequilibrio entre los Estados Unidos y el resto del mundo. Dicho con otras palabras, los altermundialistas consideran a las instituciones de Bretton Woods como no democráticas y no transparentes, pues se han encargado de imponer a las economías del Sur las reglas definidas por los países industrializados en general y por los Estados Unidos en

particular. Es decir, un modelo de globalización negativista, caracterizado por la dominación de los Estados Unidos y la institucionalización de las jerarquías políticas y económicas.

Se trata de una falsa y parcial mundialización por ser excluyente y profundizadora de las desigualdades, como en el caso de África, y por fundamentarse en la apertura de los mercados y de las economías en detrimento de la globalización del derecho, que es la verdadera globalización, pues no existe a escala mundial mecanismos de regulación y protección de grupos de población y de los países más pobres. Es la imposición de la ley del más fuerte. La globalización neoliberal tiene aspectos más negativos que positivos. O según puntualiza Joseph Stiglitz[3], el ex economista-jefe del Banco Mundial y premio Nobel de economía, "la liberalización comercial ha sido organizada por los países ricos para los países ricos, y no toma en consideración los efectos de este proceso sobre los países pobres". Algunos autores como Ignacio Ramonet (1999), Samir Amin (1991) y Jean Ziegler (2005), partiendo de los efectos negativos de la globalización (injusticias internacionales, desigualdades y arbitrariedades), hablan respectivamente de la "geopolítica del caos", del "imperio del caos" y del "imperio de la vergüenza".

Uno de los aspectos negativos ya mencionados es que la internacionalización de la economía profundiza las desigualdades entre los países más ricos y los países más pobres, o sea la diferencia entre ambos grupos de países se ha duplicado. A modo de ilustración, cabe recordar que un país como Bélgica (10 millones de personas), que representa más o menos el 2,5% y 3% del comercio mundial, tiene el mismo peso económico que todo el continente africano (900 millones de personas).

En resumen, para los excluidos y los detractores de la mundialización, cuyos análisis compartimos, nunca las desigualdades y exclusiones, tanto a nivel internacional como dentro de cada país, han sido tan fuertes como en la actualidad: 3 mil millones de personas viven con menos de dos dólares al día. Los altermundialistas responsabilizan de esta situación a los cuatro pilares del gobierno mundial, a saber el Banco Mundial, el FMI, la OMC y la OCDE, de los que exigen el control democrático. Entre otras medidas, recomiendan: la sumisión de la celebración de nuevas negociaciones a un previo balance de los acuerdos anteriores, el trato comercial privilegiado para los países más pobres, la toma en consideración de las consecuencias sociales y medioambientales antes

3. Cf. *Le Monde Économie*, del 6 de noviembre de 2001, p. I.

de adoptar cualquier medida de liberalización, la transparencia de las instituciones internacionales, la cancelación de la deuda de los países más pobres y el abandono de los PAE impuestos por aquellas instituciones en cambio de su apoyo financiero, y el fin de la hegemonía del mercado y de las multinacionales, que han de someterse a las leyes de los Estados donde invierten, y a los códigos deontológicos.

El balance, que se puede hacer hoy de las políticas de estas instituciones convertidas "hospitales de la economía mundial" o globalizadores, es alarmante en el Sur: nunca el desorden monetario había sido tan grande, la pobreza en África y América Latina –con muy pocas excepciones– ha aumentado en proporciones preocupantes, pese al hecho que nunca se hayan producido en el mundo tantas riquezas como en la actualidad. El crecimiento de la economía, en el que se apoyan aquellos que defienden las tesis neoliberales, no se ha acompañado del reparto equitativo del bienestar social; por lo tanto se han agudizado las desigualdades sociales. La situación de los más pobres se ha estancado, mientras que la diferencia entre los pobres y los ricos se ha duplicado en cuarenta años.

La mundialización tal y como se está imponiendo a todos los países del planeta en general y a los del Sur en particular, a través de la economía, del comercio y del derecho, consiste en homogeneizar las reglas, los gustos y los comportamientos según las pautas definidas por la tríada integrada por los Estados Unidos, Japón y la Unión Europea.

La mundialización por la economía (tarea confiada al BM y al FMI), el comercio (tarea otorgada a la OMC) y el derecho (tarea asumida por las Naciones Unidas con la colaboración de la OTAN) está generando desórdenes y tensiones tanto en América Latina como en África; principalmente en este último continente, la quiebra de los Estados modernos que ella produce es fuente de las guerras y del fracaso del desarrollo sostenible. Por ello, no sobra afirmar que el problema no radica solamente en África sino también en el Estado moderno y sus correlatos relacionados con la institucionalización política y económica como un modelo universal de la modernidad.

Frente a estas transformaciones, en definitiva, los movimientos sociales y algunas ONG (locales en particular) exigen un nuevo orden internacional en el que la mundialización ha de someterse a la solidaridad colectiva, y proponen alternativas a la liberalización de los intercambios y a las injusticias que ella genera, entre ellas: la desaparición de las instituciones de Bretton Woods o su transformación en organismos técnicos, que no deben imponer sus condicionalidades a los países en desarrollo.

África y América Latina en el espejo de la globalización: consecuencias políticas, económicas, sociales y culturales

En el marco arriba dibujado de un mundo unipolar, basado en el "pensamiento único" (según el término de Ignacio Ramonet), África está marginada por una serie de mecanismos:

* La subordinación en el sistema unipolar al participar sus dirigentes en las reglas del juego, participación ilustrada por el Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD).

* La marginación en el proceso de toma de decisiones e iniciativas de las instituciones financieras internacionales.

* El fracaso de sus intentos de regionalización ilustrado por la creación de la Unión Africana (UA), una OUA bis, basada en el mimetismo de la UE; la Comunidad Económica de Estados del África del Oeste (CEDEAO/ECOWAS); la Comunidad Económica de Estados del África Central (CEEAC); la Unión del Magreb Árabe (UMA); la Comunidad para el Desarrollo del África Austral (CDAA/SADC), entre otros. Estas organizaciones están lejos de convertirse en experiencias de una verdadera integración regional.

* La imposición a los países africanos de la "ecocracia" o del colonialismo ecológico, por considerar el ecosistema como un acervo común de la humanidad.

* La sumisión a las leyes de la democracia liberal, con el fracaso del proceso de democratización, caracterizado por el reemplazo de las oligarquías autoritarias por las oligarquías liberales, más o menos presentables.

* La reducción de la ayuda al desarrollo sometida a las condicionalidades, o su actual aumento no para realizar los objetivos de desarrollo del milenio, sino para luchar contra el terrorismo, la inmigración o para tener acceso al petróleo africano.

* La entrega del continente a las ONG, convertidas en instrumentos de la "administración indirecta" de la globalización, para crear las bases del neoliberalismo y de la futura incorporación del continente en la mundialización.

Por su parte, con el fin de la bipolaridad Este/Oeste y la consolidación de la globalización, América Latina padece profundos cambios de índole estructural, socio-económica y de política internacional:

* Emergencia de nuevas formas de regionalismo e interregionalismo

tales como (a) el Mercado Común del Sur (MERCOSUR)[4], un bloque conformado por Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y Venezuela; (b) la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) integrada por Venezuela, Nicaragua, Cuba y Bolivia; (c) la Comunidad Andina (CAN) formada por Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú; (d) la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) cuyos países miembros son Argentina, Colombia, Paraguay, Bolivia, Cuba, Perú, Brasil, Ecuador, Uruguay, Chile, México y Venezuela; (e) el Grupo de Río que, siendo espacio de mecanismo flexible de diálogo y concertación política sobre temas de interés común para América Latina y el Caribe, está integrado por Argentina, Belice, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Guyana, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela; (f) el grupo BRIC, formado por Brasil, Rusia, India y China; (g) el grupo IBSA, integrado por India, Brasil y Sudáfrica, (h) el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) formado por varios países de América Latina, el Caribe, Estados Unidos y Canadá.

* El escenario post 11-S se convierte en una excusa para consolidar las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos en América Latina (Benítez Manaut & Hernández, 2007), con base en la primacía de la seguridad y el poder militar.

* Avances y retrocesos en el multilateralismo y la gobernanza global junto con la emergencia de gobiernos de las izquierdas políticas en países como Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Brasil.

* Crisis de modelos de desarrollo (del "consenso" al "posconsenso"); persistencia de las desigualdades y agudización de la pobreza; emergencia indígena (Freres & Sanahuja, 2005, p. 9) y evolución de procesos de organización de poblaciones afrolatinas.

De este modo, África que ha perdido su importancia geoestratégica

4. El MERCOSUR, creado por el tratado de Asunción de 1991, es la organización más poderosa, integrada y prometedora al representar el 46% de la población de América del Sur (200 millones de personas), el 50% del PIB del continente y el 56% de su superficie, y cuyo objetivo es la convergencia de las políticas macroeconómica de los Estados miembros. Sin embargo carece de moneda común. Es preciso subrayar también los Tratados Comerciales de los Pueblos (TCP) entre Venezuela, Cuba y Bolivia, que aboga por un nuevo modelo de integración a partir de los pueblos y de las infraestructuras, en la línea del ALBA que enfatiza la unión latinoamericana y caribeña, en las áreas de complementación económica, educación, salud, comunicación y de energía.

y geopolítica de la época de la Guerra Fría, ha sido puesta bajo tutela internacional de las instituciones financieras internacionales y de las multinacionales, es decir la recolonización neoliberal.

En el sistema internacional globalizado, África está en la periferia de la economía y de la política globales, tanto en la nueva división internacional del trabajo como en la nueva configuración internacional del poder. Su marginación, que empezó décadas anteriores, se ha profundizado con la imposición a los países africanos de los Programas de Ajuste Estructural (PAE), es decir del modelo librecambista de desarrollo, responsable de la descomposición política y económica de muchos Estados, convertidos en "Estados fallidos" y de la proliferación de conflictos geoeconómicos e identitarios.

Dicho con otras palabras, se procede a la destrucción del Estado de Bienestar Social reemplazado por el Estado de Malestar Antisocial, resultado del abandono por muchos gobiernos de la vía de desarrollo tercermundista autocentrada a favor de la vía del capitalismo "desenfrenado" y "deshumanizante", cuyas consecuencias son el abandono del sector público sustituido por las privatizaciones, el aumento de la deuda externa y la profundización de los sufrimientos humanos. Es decir, la mundialización ha destruido las bases del "Estado providencial", manteniéndolo sólo como un aparato de opresión y represión, un Estado deslegitimado y desestabilizado al someterse a los deberes externos en detrimento de las obligaciones y desarrollo internos (Delmas, 1995, p. 150). Existe una clara contradicción entre la integración mundial de los sistemas económicos y la desintegración nacional de los sistemas políticos.

De todo lo que antecede, y siguiendo a Claude Ake (1995. pp. 22-23), la globalización ha tomado principalmente la forma de una movilidad del capital a través el mundo a la búsqueda de beneficios, tal y como se refleja en el aumento de las actividades y del poder de las multinacionales, sobre todo en África, donde dicho proceso favorece la exportación y saqueo a gran escala de los recursos naturales, utilizando las nuevas tecnologías, es decir, las prácticas responsables de las hambrunas y del empobrecimiento de los africanos.

La globalización supone, para los países del África Subsahariana, la adopción como programas de desarrollo: la reducción drástica de los gastos sociales, las leyes del mercado y las necesidades económicas en contra del dirigismo y proteccionismo estatales. Es decir, la desregulación profesada por el Consenso de Washington, las privatizaciones, los PAE, un mínimo de Estado sustituido por las instituciones financieras internacionales y de capitales occidentales, convertidas en pilares del "gobierno invisible".

De este modo, la globalización en África, y en otras partes del Sur como América Latina, ha tomado la forma de un nuevo modelo de imperialismo occidental dictada por las necesidades y demandas del capital financiero en los grandes Estados capitalistas.

El Estado debilitado en lo interno por razones históricas y en particular por su falta de legitimidad sociológica, lo será cada vez más al confinarlo en las meras tareas de represión interna con el fin de imponer a las masas los austeros programas de ajuste cuyo fracaso, según dichas instituciones, se explica por las causas internas, en particular la ausencia de "racionalidad económica" en los comportamientos de los pueblos. Por consiguiente, el Estado africano y latinoamericano, política y económicamente descompuesto –más en el primer caso que en el segundo– consagra el grueso de sus ingresos al reembolso de la deuda externa, cuando pueda, en detrimento del desarrollo interno. De ahí la crisis de confianza interna y externa en la que se halla dicho Estado, por una parte por haber abandonado a las masas a su propia suerte entregándolas a la explotación del sistema internacional, y por otra, por su falta de eficacia para realizar los programas de recuperación económica impuestos desde el exterior.

La "dictadura del mercado" impuesta a los países africanos, destaca por ser contradictoria al no acompañarse la liberalización política con la democratización económica y social. La confiscación de los recursos, para servir a los intereses de los más fuertes y las exigencias del orden triunfante, contrasta con la transparencia y la participación popular recomendadas a los gobiernos africanos en los procesos de desarrollo y del ejercicio del poder. Este modelo, como en el caso anterior, limita dicha participación al priorizar la solución individual a los problemas de supervivencia.

En África, al ignorar la racionalidad económica de los pueblos, en la que lo social prima sobre lo económico, para fundamentarse en la occidental donde se procede al revés "el neoliberalismo ha erosionado la cohesión social y ha empobrecido a los pueblos", los procesos globalizadores han añadido la austeridad a las existentes pobreza y miseria, consiguiendo sólo el incremento de las tasas del PIB de ciertos países en competencia para ocupar el puesto de "mejor alumno del Banco Mundial y del FMI", con graves deterioros sociales y el infarto ecológico locales. En la opinión acertada de Achille Mbembe (1996, p. 34), la represión autoritaria de los pobres se ha convertido en la única política adoptada por muchos gobiernos africanos y los señores de la guerra que los rivalizan en crueldad, con una clara amenaza de la estabilidad política de los regímenes establecidos como consecuencia de la pauperización

de las masas. En los países donde se han celebrado elecciones limpias y transparentes a mediados de los 90, éstas sancionaron a los dirigentes neoliberales a favor de los antiguos dirigentes afromarxistas unipartidistas arrepentidos (Benín, Madagascar, Congo), cuya política desarrollista, de la época de la Guerra Fría, a pesar de sus desastres se aprecia cada vez más como un sueño perdido o un mal menor. El Estado africano se encuentra, así, en el centro de una tremenda incertidumbre entre un pasado despilfarrado y un futuro hipotecado.

Y en América Latina, acogiendo los planteamientos de Fleury (1998, p. 70), el principal dilema

> […] ha sido la tentativa, frustrada la mayoría de las veces, de conciliar un Estado moderno con una sociedad arcaica. En otras palabras, el problema de la gobernabilidad en la región está fundado en la contradicción paradójica que se establece al tratar de mantener un orden jurídico y político basado en el principio de la igualdad básica entre los ciudadanos y, al mismo tiempo, preservar el mayor nivel mundial de desigualdad en el acceso a la distribución de la riqueza y de los bienes públicos.

Tanto en África como América Latina, los PAE son responsables del endeudamiento de muchos países, pues en parte están destinados a facilitar el pago de la deuda, y han profundizado los sufrimientos humanos al añadir la austeridad a la miseria, como queda subrayado. Si es verdad que los PAE permiten de restablecer ciertos equilibrios, tales como el control de la inflación, sin embargo producen efectos perversos en ambos continentes donde no han conseguido los resultados programados: las políticas neoliberales han generado la exclusión y la pobreza. Además, las políticas del BM y del FMI, basadas en el libre juego de las leyes del mercado, obligan a los países más pobres de ambos continentes a reducir los sueldos y a eliminar las normas sociales para atraer a los inversores extranjeros. La pobreza en estos países ha aumentado como consecuencia de las reformas estructurales. Ambas organizaciones sostienen, sin demostrarlo, que la pobreza hubiera empeorado sin dichas reformas. En este sentido, la teoría de las "ventajas comparativas" (especializándose en un sector donde tiene una clara ventaja cada país sacará importantes beneficios del comercio mundial), elaborada por David Ricardo a comienzos del siglo XIX, constituye la piedra angular del planteamiento de ambas organizaciones para incorporar a todos los países en el comercio mundial. Se pierde de vista que todos los países no son iguales frente a la apertura o a la competencia. Varios factores intervienen para diferenciar a unos y otros:

la estructura de la economía, la situación geográfica, las infraestructuras, el marco macroeconómico y la situación política. Peor, de las ventajas "comparativas" se ha pasado a las "ventajas competitivas", al insistir en la productividad, competitividad y selectividad.

Opinamos, que es verdad que muchos Estados del llamado "Tercer Mundo", en particular los latinoamericanos y africanos –aunque la situación es, en cierta medida, más alarmante en África que en América Latina–, concentraron la casi totalidad de los ingresos nacionales o los procedentes de la ayuda pública al desarrollo y de la deuda externa en manos de unos dirigentes, convertidos en un club de cleptócratas y megalómanos, con una clara tendencia a los gastos improductivos, a la corrupción y a la privatización de los recursos públicos, es decir las prácticas neopatrimoniales (deuda odiosa). De igual modo, nos parece inocente considerar que la acumulación privada es fundamental para el desarrollo de un país por dos razones. La primera es que algunos sectores vitales de un país, tales como la sanidad o la educación –es decir los aspectos de desarrollo humano– no interesan al sector privado mientras que el Estado ha de encargarse de ellos. La segunda es que los detentadores del capital privado tienen una lógica cada vez más nómada, no sólo para protegerlo del control de un solo Estado o del territorio de origen, sino que además prefieren invertirlo en el espacio de la economía mundial, para el enriquecimiento rápido, facilitado en la actualidad por la mundialización que permite, de este modo, a ciertas familias y ciertos grupos concentrar en pocas manos grandes fortunas, con la consiguiente profundización de las desigualdades (Giraud, 1996, pp. 206-207).

El papel del Estado es fundamental en el proceso de desarrollo, pues su crisis siempre nace de la crisis del Estado. Como lo demuestra el caso de los dragones del sureste asiático (Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong), el Estado favoreció inicialmente unas dinámicas de industrialización extrovertidas de exportación de bienes manufacturados y después de tecnología, además de beneficiarse estos países de la apertura de los mercados de los países industrializados para sus exportaciones. Es lo que subraya Samir Amin (1999, pp. 122-123) que, refiriéndose al caso de los países asiáticos, manifiesta:

> Las razones son obviamente numerosas y complejas, y varían de país a país en una región que alberga a más de la mitad de la humanidad, puesto que los sistemas sociales y los niveles de desarrollo históricos difieren en los diferentes países. Se han ofrecido todo tipo de explicaciones, incluyendo algunas que conceden un papel crucial a factores culturales, reales o imaginarios, como los ejemplicados en el debate acerca del confucianismo. Me limitaré a llamar la atención

> sobre el hecho de que todos estos países han contado, en un grado u otro, con políticas marcadas por un fuerte nacionalismo económico, en el sentido proteccionista y estatista […]. No han seguido, a diferencia de los países de la CE, Estados Unidos, América Latina o África las prescripciones políticas del liberalismo. De hecho han optado por la contraria, tanto si nos fijamos en Japón, un país capitalista avanzado, en Corea, en proceso de rápida construcción, en la China del socialismo de mercado de Deng Xiaoping, o en los países más integrados y capitalistas del Tercer Mundo como India o las naciones del sureste asiático […]. Ninguno de los países de la región, con la cualificada excepción de India, es particularmente respetuoso de la democracia. Japón se parece más a un modelo de partido político único que al modelo pluralista occidental, y todos los regímenes de Asia oriental y del sudeste asiático son autoritarios.

Sin desacreditar la superioridad de la democracia, Amin (2006, p. 46) advierte que "si India continuara con el curso ultraliberal de los últimos quince años aproximadamente, asistiríamos a un desfallecimiento del crecimiento". Según el autor mencionado, la desaparición del nacionalismo desarrollista y tercermundista, inspirado en el espíritu de Bandung, en América Latina, África y el mundo árabe, explica la regresión que conoce en la actualidad estas regiones.

Se necesita pues un Estado fuerte, acercado a sus usuarios y a su servicio, para crear las bases sólidas del desarrollo. Esta realidad fue negada durante mucho tiempo para el Banco Mundial y el FMI, para reconocerla en la actualidad, con consecuencias sociales y humanas irreversibles. Y la integración económica y jurídica de los Estados africanos y latinoamericanos en la mundialización les conduce a someterse a las reglas definidas desde el exterior y les desvincula de las nacionalidades, cuyas particularidades se ignoran o se minorizan a favor de los grandes principios universales, tales como los derechos humanos en su concepción occidental, la democracia liberal y la economía de mercado. Las políticas de mundialización del Banco Mundial y del FMI han producido una crisis de legitimidad de muchos Estados africanos y latinoamericanos, enfrentados al grave problema de conciliar el deber externo de integración en la mundialización y el deber interno, consistente en asegurar la representación de la nación y la realización de sus aspiraciones. El no cumplimiento de los deberes internos explica la pérdida de legitimidad de los Estados, que se acompaña del auge de la legitimidad de los grupos sociales tradicionales y nacionalistas, que encarnan la legítima autodefensa de la colectividad

contra la mundialización agresiva, frustrante e importada. El auge de las reivindicaciones étnicas, religiosas y nacionalistas se explica no por un proyecto de oposición política, sino por el debilitamiento y la falta de legitimidad de las instituciones estatales y de representación de los partidos políticos, resultados de su alianza con la mundialización neoliberal. De ahí la proliferación de los conflictos y de la inestabilidad en África, por ejemplo (Delmas, 1995, p. 149 ss).

En el mismo orden de ideas, Schiffrin (2004, p. 302) subraya que

> […] durante la década de los 80 y 90, los países del Sur fueron obligados a adoptar el modelo de los países desarrollados –las llamadas políticas "del Consenso de Washington"– (ajustes estructurales, reducción de controles del capital y del comercio, disminución de los gastos públicos, privatizaciones…). Esta política ha conducido al mantenimiento o a la agudización de la precariedad social, sin inversiones realizadas en la educación o en la formación, que deberían estar en la base de las políticas de desarrollo. La situación era tan difícil que las décadas de los 80 y 90 fueron tachadas de "décadas perdidas". Lo fueron efectivamente para el progreso humano.

Además, según subraya Mark Vaile (2002, p. 1 y 14), el entonces ministro australiano de Comercio cuya argumentación reproducimos a continuación por su pertinencia, las subvenciones europeas a sus agricultores bloquean las perspectivas de los agricultores de los países menos avanzados, en los que este sector representa la mitad de empleos y una gran parte del PNB. Esta situación es totalmente diferente de la que prevalece en Europa, Estados Unidos y Japón, donde la agricultura emplea menos del 5% de la población. Las poblaciones de los países en desarrollo (PED) están muy afectadas, diariamente, por las subvenciones masivas de la política agrícola común (PAC). Según la OCDE, las ayudas suministradas a los productores agrícolas europeos se estiman en unos 104 billones de euros en 2001, con el consiguiente aumento de la sobreproducción que, a su vez, reduce los precios en el mercado mundial y conduce a la pobreza de los agricultores no subvencionados del mundo en desarrollo. El Banco Mundial comprobó que el coste de las subvenciones agrícolas impuestas por los países ricos se estimaba en 1 billón de dólares al día, lo que representa seis veces el monto total de la ayuda oficial suministrada a los países pobres. La reducción a mitad de todas las subvenciones permitiría a los PED conseguir beneficios económicos y sociales de unos 14 billones de dólares al año. Las reglas del OMC siempre permiten a la UE gastar unos 7 billones de dólares al año de subvenciones para la exportación en la agricultura. Estos gastos

tienden a otorgar a los agricultores europeos una ventaja injusta en los mercados mundiales. Estas medidas perjudican considerablemente a los demás exportadores e incluso a los propios países de la UE que dedican más o menos el 40% del presupuesto comunitario a este sector. Por lo tanto, la eliminación de todas las formas de subvenciones a la exportación es fundamental e incluso ventajosa para la UE. Es decir, se debe instaurar un comercio agrícola mundial más justo y un reconocimiento de las necesidades de los PED (reducciones drásticas de las subvenciones agrícolas y de la protección de la agricultura por los países del Norte). En definitiva, el proteccionismo agrícola de los Estados Unidos y de la UE junto a las subvenciones a la producción agrícola es perjudicial para los países africanos.

Es aquí donde es preciso subrayar que la impopularidad política y social de los PAE, por ejemplo, ha conducido a los Estados africanos a desarrollar el autoritarismo y los medios de coacción y represión para conseguir su implantación (Mengisteab, 1996, pp. 29-64). De igual modo, el neoliberalismo, salvo contados casos, no ha conseguido satisfacer a las necesidades básicas de la población en Latinoamérica[5]. Todo lo contrario, generó la profundización de las desigualdades sociales, el desempleo, la exclusión de pueblos indígenas, la violación de derechos humanos y la crisis de la deuda (Del Pozo, 2005, p. 409).

Desde el punto de vista medioambiental, la exigencia de rembolsar la deuda externa ha conducido a los gobiernos a fomentar la sobreexplotación de recursos naturales exportables (Lagadec, 1993, p. 58). De los doce países del Sur que han destruido sus selvas tropicales para hacer frente a las exigencias de reembolso de la deuda externa, cuatro son africanos: Costa de Marfil, Gabón, Ghana y Uganda, considerados como los "mejores alumnos" del FMI y BM.

Por último, en el aspecto cultural, la globalización está produciendo un verdadero lingüisticidio en África y América Latina ya que de las 1.500 lenguas que cuenta el continente africano, 600 están amenazadas de desaparición en los años venideros como consecuencia del

5. Según Moreano (2004, p. 140), "Ecuador, Perú y Bolivia son los que han sufrido los efectos de la llamada *globalización* en su propia existencia como entidades nacionales y políticas. Su ya frágil unificación nacional anterior ha sido aún más debilitada tanto por los procesos de globalización –apertura económica, privatizaciones, desregularización– cuanto por las fuerzas centrífugas y disruptivas de carácter regional que son activadas por la misma. La crisis del 82 inició la cuenta regresiva".

proceso uniformizador de valores y de comportamientos, nacido del etnocentrismo neoliberal. En este contexto, la situación de América Latina nos parece más dramática que la africana puesto que se menciona en general que la mitad de las 1.500 lenguas indígenas que existían a la llegada de los españoles a América del Sur, ha desaparecido a lo largo de los últimos cinco siglos: sin duda, las lenguas y culturas indígenas están amenazadas de extinción por efectos de diversa índole de los cuales destacan los impactos perversos de la globalización. Según el Museo Paraense Emilio Goeldi (MPEG), única entidad oficial de Brasil que lucha contra la desaparición de estos idiomas, el país cuenta con una población de unos 460.000 indios de casi 225 etnias diferentes; de las 154 lenguas indígenas identificadas en Brasil, 36 están amenazadas de desaparición inmediata; y de las 36 amenazadas, 33 son habladas en la Amazonia. Y con base en cifras oficiales del Ministerio de Cultura Nacional de Colombia, se han perdido entre 100 y 200 lenguas en los últimos 500 años; una situación dramática calificada de "ocaso de las lenguas indígenas" por Juan Carlos Moreno Cabrera de la Universidad Autónoma de Madrid.

Pero lo cierto es que en ambos casos, los Estados lucen por su falta de visión política acerca de la promoción y preservación de los derechos lingüísticos de los hablantes mediante la puesta en marcha de programas de planificación lingüística y de políticas lingüísticas: esto podría contribuir a aislar las lenguas amenazadas de las lenguas neo-imperiales dentro del marco de un nuevo paradigma de actuación estatal que las inmunice y preserve hasta tal punto que se robustezcan y se valoricen tanto por sí mismas como las demás identidades lingüísticos.

Como la globalización conlleva la fragmentación de las formaciones sociales, el saqueo, la marginación y la exclusión en países latinoamericanos y africanos, apostamos por el afrocentrismo, el latinoamericanismo[6] y un mayor esfuerzo de diálogo horizontal para ambos continentes con el fin de re-inventar una pluralidad de vínculos posibles a favor del progreso y el desarrollo sostenible. De lo contrario, África con sus problemas locales que la desconectan de la economía mundial (guerras civiles, estancadas economías rentistas, Estados fallidos y pandemias), seguirá siendo el centro del nuevo Tercer Mundo (o la *periferia de la periferia*) y el agujero negro en el

6. El término de América Latina fue elaborado para distinguir el destino de los Estados Unidos del de los países de América del Sur, y sobre todo por expresar un conjunto cultural donde vive 330 millones de personas, en su mayoría hispanohablantes y lusófonos (Cf. Lacoste, 2006, p. 130).

mapa económico del planeta en el siglo XXI (Chalmin, 2005, p. 109), y Latinoamérica, con sus profundas desigualdades entre las élites y las masas, seguirá caracterizándose con sus éxitos a medias (duración de vida equiparados a los países del Norte, derechos de la mujer y de acceso a la educación, reducción de conflictos armados y de crisis políticas, diversificación de algunas economías), y sus fracasos a medias (marginación social, migraciones, marasmos económicos, tensiones y frustraciones por el desempleo, la extrema pobreza y la malnutrición de la mitad de la población de la región, violencia urbana) e incluso con más fracasos que éxitos (Del Pozo, 2005, p. 11 y 410). Latinoamérica, con el "nuevo izquierdismo"[7], parece elegir el buen camino al optar los nuevos dirigentes nacionalistas de centro izquierda electos por la eliminación de la extrema pobreza y de la exclusión y por reinstaurar el Estado de bienestar social (Villegas Dávalos, 2004, p. 83), y sobre todo por "brindar una oportunidad sin precedente de concretar el sueño de unidad continental de Simón Bolívar" (cf. Saint-Upéry, 2007, p. 310); mientras que el entreguismo de África al neoliberalismo y sus fracasadas experiencias de integración regional cada vez más alejadas del panafricanismo maximalista de Kwame Nkrumah o de Cheikh Anta Diop (Estados Unidos de África), la meten en un callejón sin salida,

7. Esta tendencia, sobre todo en la región andina, no nace de los partidos de izquierda o de los sindicatos sino desde abajo y de las capas excluidas, en particular de los pueblos indios, y en una menor medida afroamericanos, que reaccionan contra su marginación colonial, postcolonial y neoliberal, llevando nuevos líderes izquierdistas al poder por las urnas, sancionando de este modo el giro de los gobiernos precedentes hacia el neoliberalismo sin cumplir sus promesas. Según Moreano (2004, p. 161), quien abunda en el mismo sentido, "el proceso presenta características nuevas. No son, como lo fueron en los 60 y 70, los partidos de izquierda ni las centrales sindicales, ni la guerrilla urbana y rural los protagonistas principales, sino una eclosión de fuerzas plurales que van desde los desocupados, los habitantes de ranchitos, las capas medias pauperizadas, hasta los campesinos y los pueblos indios. Son amplios movimientos surgidos por abajo y que han tenido a cobrar una vida política no separada de las organizaciones y de la dinámica social. Evo Morales y Felipe Quispe son indios aymará, y Chávez, un hombre de armas de claro origen populista y mestizo". Esta tendencia latinoamericana, de cambio político desde abajo, contrasta con los enfrentamientos entre las etnias africanas manipuladas o instrumentalizadas por los gobernantes locales y neoliberales para realizar sus ambiciones políticas y económicas personales, como en Ruanda, Burundi, Somalia o la RDC.

pasando del Estado incluyente al Estado excluyente y depredado. Si Latinoamérica presenta cada vez más la imagen de un "Sur estancado" con posibilidades de arrancar, África tiene la de un "Sur que retrocede".

Perspectivas para África y América Latina: el afrocentrismo, el latinoamericanismo y la cooperación Sur-Sur

La mundialización/globalización, concebida en el descuido de las especificidades africanas y de la cultura africana del desarrollo, ha tenido efectos perversos diametralmente opuestos a los previstos, en lo económico (profundización de los sufrimientos humanos y de la miseria), lo político (deslegitimación del Estado), lo social (aumento del analfabetismo, reducción de la duración de vida, feminización de la pobreza etc.) y las graves consecuencias medioambientales con la destrucción del capital verde africano insustituible para satisfacer las necesidades de las poblaciones del Norte con un gran poder de compra. Y la incorporación de África en el sistema económico global en condiciones subordinadas, desde la esclavitud pasando por el liberalismo colonial salvaje hasta la actualidad, ha tenido en términos de costes y beneficios un balance globalmente negativo (Tandom, 2000, p. 72). Existe una clara relación entre la globalización capitalista y la agudización de la pobreza en el continente: 20 países africanos tienen una renta per cápita más baja que hace 25 años; 34 de los 42 países menos avanzados del mundo son africanos; de un continente autosuficiente hace 30 años, África se ha convertido en un continente caracterizado por el déficit alimentario (con la globalización, más de cien países en el mundo han retrocedido, en cuanto a su ingreso per cápita se refiere, en relación con sus niveles de hace dos o tres décadas), o dicho con otras palabras, 44 países en el mundo viven peor que hace unas décadas. Además, la mundialización permite a las multinacionales y la burguesía nacional tener un libre acceso a los mercados internacionales y nacionales.

En este contexto, estas situaciones originan debates sobre el futuro de África; debates que suelen basarse en el dilema entre la máxima apertura externa o la adhesión a las reglas de la economía internacional, y la endogénesis o la autosuficiencia colectiva, es decir, la concepción y concreción por los propios africanos de su desarrollo que no interesa a los demás. Entonces, todo ello aboga por el afrocentrismo que consiste en el aspecto económico en dar prioridad a los mercados africanos y a las necesidades de la mayoría de la población, junto a un proceso de integración regional endógeno y no extrovertido; en lo político, se ha de proceder a un proceso de democratización original, mediante el reconocimiento político de la diversidad y del pluralismo étnico dando

la oportunidad y el derecho de existir a los partidos llamados "tribales" como marco de interiorización de la cultura política democrática y de expresión de sus aspiraciones. Es decir, una democracia de participación y no de exclusión.

La concepción de otro modelo de Estado, híbrido y plural, encarnación de dichas aspiraciones, y de otro modelo de desarrollo a escala humana y con rostro social, basado en el dinamismo social de la economía popular y de la cooperación Sur-Sur, constituye la clave de la recuperación de África. En el caso contrario, con la mundialización que somete el desarrollo interno a las lógicas del mercado único o a la homogeneización de los gustos, África seguirá hundiéndose en la marginalización internacional. Con el afrocentrismo consistente en "el sometimiento de las relaciones externas a la racionalidad interna", tal y como sugirió Samir Amin hace 20 años, y a las exigencias del desarrollo interno, África saldrá de su exclusión internacional y tendrá un cierto control sobre su propio destino, actualmente en manos de los demás. Abogamos por el afrocentrismo como mensaje con el que se presenta África en el siglo XXI, es decir, una ideología fundamentalmente humanista, basada en un modelo de desarrollo humana y socialmente centrado. Es decir, un modelo desarrollo que ponga el desarrollo económico al servicio del desarrollo social contra el economicismo y el monetarismo del neoliberalismo mundializado.

En este orden de idea, es preciso una "segunda descolonización" de África con respecto al imperialismo cultural o intelectual occidental a favor del afrocentrismo, abandonando las referencias elitistas a la anglofonía, francofonía o lusofonía a favor de las lenguas populares, bases de la democratización de la enseñanza, cuyo carácter colonial actual es responsable de la desvinculación de las élites con sus realidades y pueblos. No se trata de la "revancha del pasado" sino de la afirmación de nuestros valores conciliados con los de la modernidad. De igual modo, se impone una verdadera democratización política y económica que supone el abandono del poder por las ineficientes y depredadoras burguesías africanas actuales, y su devolución a los pueblos que tendrán que definir el tipo de desarrollo y de Estado que mejor les convenga, es decir la destrucción del Estado burgués actual, colonial y neocolonial y su reemplazo por un "Estado Nacional Popular", conciliador de la historia sociocultural del continente y de la cultura africana del desarrollo (Kabunda, 1995, pp. 283-301) con la modernidad seleccionada para fortalecer las capacidades de endogénesis.

La regionalización, dictada por la imposibilidad del desarrollo en solitario y los desafíos mundiales de toda índole, consiste en crear grandes

espacios de soberanía política y económica, superando las fronteras arbitrarias y superficiales, fuentes de conflictos intra e interestatales, para hacer coincidir el África de los pueblos con el África de los Estados, las fronteras políticas con las culturales populares, siendo el objetivo sacar provecho de las existentes y desaprovechadas interdependencias y complementariedades entre los países africanos, teniendo como meta la creación de un poderío africano en la escena internacional. Es aquí donde América Latina se vuelve un aliado imprescindible u obligado de África para hacer bloque común frente a la hegemonía del Norte y además, para encontrar alternativas a problemas comunes ya que países de ambos continentes comparten similitudes histórico-políticas (colonialismos y sus legados en los sistemas políticos actuales), económicas (dependencias principalmente de la triada Estados Unidos, Japón y Unión Europea), entre otras.

Estos esfuerzos de acercamiento entre los países africanos y latinoamericanos han de acompañarse de la moralización de las prácticas políticas y económicas internacionales y su reformulación en el sentido de la justicia y equidad, mediante la cancelación de la deuda externa, el precio justo de las materias primas, la apertura de los mercados del Norte a los productos manufacturados o semimanufacturados africanos y latinoamericanos, la regulación de las actividades de las multinacionales y la no conversión de ambos continentes en un mercado de armas procedentes del Norte, el abandono de distintas formas de sistemas políticos autoritarios para fomentar una mayor implicación y participación política de los pueblos.

Ha llegado la hora de la afrorresponsabilidad o del afrotransformismo con el fin de acercarse a los pueblos y gobiernos latinoamericanos. Por su parte, Latinoamérica y el Norte han de adoptar actitudes positivas de corresponsabilidad y codesarrollo mediante *el abandono de la definición negativa de África y a favor del afrorrealismo y afroptimismo*.

En el caso de Latinoamérica ha llegado la hora de recuperar el latinoamericanismo desde las bases creadas por Simón Bolívar y otros luchadores de la época de las luchas revolucionarias contra el yugo colonial, y no el panamericanismo (doctrina Monroe), mediante la colaboración o la cooperación entre los Estados de América Latina y de la cuenca del Caribe para resolver los problemas comunes de desarrollo económico, liberarse de las presiones y los intentos de recolonización o de hegemonía militar y económica del "gran hermano norteño", tener un peso en las negociaciones internacionales y coordinar sus políticas exteriores, revalorizar la posición de América Latina ante el Norte y dentro del concierto económico mundial, fortalecer la unidad y la

identidad de la región, identificar los intereses comunes latinoamericanos para su defensa y fortalecimiento y para la toma de consciencia de las interdependencia, uniformizar las legislaciones, promover la democracia y los derechos humanos (cf. Glinkin, 1984, p. 5; Chaparro Alfonso, 1989, pp. 55-56).

Dicho con otras palabras, ha llegado la hora de adoptar otro modelo de integración regional más allá de acuerdos meramente comerciales, para fortalecer la solidaridad entre los pueblos latinoamericanos y "la defensa común de la soberanía nacional y los recursos naturales" (Villegas Dávalos, 2004, p. 83), junto al desarrollo de "una cultura auténticamente latinoamericana", para parafrasear a Chaparro Alfonzo. Ésta será la base de la cooperación con el panafricanismo maximalista a crear, en el marco de la cooperación Sur-Sur, para reivindicar un nuevo orden internacional y luchar contra las asimetrías de toda índole entre el Norte y el Sur. Esta cooperación, iniciada en el pasado por Cuba, está reanimada en la actualidad por la ofensiva diplomática de Venezuela hacia el continente con la apertura de embajadas en varias capitales africanas, la celebración de cumbres "América del Sur-África", y la cooperación en las áreas de educación, sanidad y cultura con los países africanos.

La necesidad de una genuina integración regional latinoamericana y de la cooperación con África lo resume el brasileño Risério (2004, p. 122) en estos términos:

> [...] lo que deseamos es reforzar los nexos y las conexiones interamericanas no menos que nuestros vínculos con el África Negra [...] tenemos que estar preparados para hacer frente al desafío del ALCA, impidiendo que en lugar de un medio real de integración el tratado se convierta, como quieren los EE.UU., en un poderoso instrumento de anexión económica bajo la figura falaz y hasta ahora ficticia del "libre comercio".

Se debe reconocer, desgraciadamente, que el Sur no es homogéneo y las prioridades o los intereses de los gobiernos de esta parte no suelen converger o ser comunes, apostando unos por el liberalismo y otros por el dirigismo o el socialismo, para fortalecer sus alianzas externas o para resolver los problemas internos de desarrollo.

Aunque pueda sonar utópico, lo que sí parece llegar a su fin no es la historia como se ha pretendido, sino el neoliberalismo, fin iniciado por la crisis financiera en Argentina (2000-2001)[8] y su repercusión

8. Como bien lo menciona Bustelo (2002, p. 9), "La crisis financiera de Argentina

en Uruguay (2002)[9]; lo que se puede considerar como la réplica de la caída del muro de Berlín. Además, las elecciones de los diez últimos años en Brasil, Venezuela, Bolivia, Nicaragua, Ecuador y Argentina son significativas al respecto ya que han puesto de manifiesto el rechazo del modelo neoliberal que ha profundizado las desigualdades sin garantizar el crecimiento; pues un sistema que excluye a la mayoría de la población del mundo de los beneficios del desarrollo económico o de la globalización no tiene futuro.

En los continentes africano y latinoamericano asistimos a distintas reacciones, desde arriba, frente a la globalización deshumanizante que azota a las poblaciones: el derrotismo de los gobiernos africanos y la resistencia de los gobiernos latinoamericanos. Desde abajo o los pueblos, en ambos continentes, asistimos a una sorprendente convergencia de

---

en 2000-2001 presenta, pese a sus peculiaridades, un buen número de similitudes con las crisis asiáticas de 1997-1998: ambas se vieron precedidas de fuertes entradas de capital extranjero, apreciación de la moneda, endeudamiento externo a corto plazo, deterioro del saldo corriente, aumento del riesgo de insolvencia, pánico bancario y comportamiento especulativo y gregario de los inversores internacionales".

9. Para mayor detalle sobre esta crisis en Uruguay, véase Antía (2002). Además, con respecto a la situación generalizada de crisis en América Latina, Taddei (2002, p. 29) afirma lo siguiente: "El primer cuatrimestre del año 2002 aparece signado en la región por la repercusión regional e internacional de la crisis económica y del régimen político en la Argentina. El derrumbe del modelo neoliberal en dicho país –ejemplificado en el plano económico por la salida de la convertibilidad dólar/peso, la virtual cesación de pagos y la confiscación de los depósitos bancarios de los ahorristas– inaugura un nuevo ciclo de crisis económicas que desnudan con brutalidad los devastadores efectos sociales del liberalismo económico y que desestabilizan los propios regímenes democráticos. Durante las precedentes crisis en la región (México en 1994 y Brasil en 1999) los efectos de las mismas pudieron ser parcialmente acotados gracias a la inyección masiva de préstamos del FMI resultante de la decisión política de los gobiernos de los países centrales (fundamentalmente de los Estados Unidos). El dinamismo de la economía internacional aún imperante en aquellos años (liderado por la "locomotora norteamericana") facilitó el masivo salvataje de las dos mayores economías de la región, al igual que sucediera en Rusia, Turquía y el sudeste asiático, pero al precio de una profundización de las recetas neoliberales. Los efectos de las mismas abrieron un nuevo ciclo de protestas sociales en América Latina (Seoane y Taddei, 2001) y asestaron un duro golpe a la legitimidad de las políticas neoliberales".

soluciones ante la desestatización: la ruptura entre el Estado y la sociedad o la concentración del poder económico y políticos en manos de unos pocos han tenido como resultados, según subrayan Ansaldi y Giordano (2006, p. 128) que se inspiran en el caso latinoamericano que se puede extrapolar perfectamente al caso africano, la creación de nuevos espacios autónomos al margen del Estado por las masas, el desarrollo de la economía popular, y la proliferación de movimientos armados. Es decir, la emergencia de nuevas formas organizativas de masas o "una nueva etapa de violencia revolucionaria, pero esta vez como respuesta al fracaso de la globalización a la hora de hacer frente a la miseria de los pobres y los marginados" (Falk, 2002, p. 235).

A modo de cierre

Pensamos que las instituciones financieras internacionales debilitan el Estado al imponerlo las condicionalidades y al mismo tiempo lo encargan de la realización de sus políticas macroeconómicas. Esta manera de actuar constituye una serie amenaza para la integración nacional, regional, continental e intercontinental. En la opinión de Francisco de Oliveira (2004, p. 111), que hace un balance del neoliberalismo en América Latina,

> […] las dos últimas décadas fueron de estagnación, retroceso y como máximo, en algunos casos, de crecimiento mediocre. América Latina fue avasallada por el neoliberalismo en el último período del siglo pasado y continúa bajo su dominio. Somos la región con la mayor desigualdad incluso respecto de África.

Por su parte, la Comisión de las Naciones Unidas para África (ECA), manifiesta que no existe una diferencia significativa entre los países ajustados y los que no han adoptado los PAE en los aspectos de desarrollo o mejora del bienestar social. Sin embargo, muchas de las ONG comprometidas con las bases populares asocian el deterioro de las condiciones socioeconómicas, sobre todo de las capas más vulnerables de la sociedad, con los PAE[10]. Según la misma ECA, tampoco los

10. Los PAE que han conseguido mejorar las tasas de crecimiento en países como Ghana o Uganda, no han podido reducir las desigualdades. La reducción drástica de los gastos sociales de educación y sanidad ha afectado negativamente el nivel de vida de las clases trabajadoras y de las capas urbanas pobres, en particular las mujeres y los niños, que ya no tienen acceso a la escolarización. De este modo, la paz social es precaria y se ha creado un caldo de cultivo de los conflictos políticos,

PAE han conseguido reducir el Estado, pero sí su papel regulador y de distribución de prebendas. Paradójicamente, observamos en este contexto que los PAE no han afectado para nada los intereses de los altos funcionarios y de las élites políticas, es decir de las capas sociales más favorecidas, que son las únicas que se benefician del ajuste privatizador; pues, ahora tienen la oportunidad de invertir en el sector privado los capitales conseguidos a través de la corrupción y explotación de sus pueblos. Son los únicos que han sacado beneficios de la liberalización con la compra de las empresas privatizadas o deslocalizadas. De ahí su adhesión a la mundialización neoliberal, que sólo encuentra la resistencia de los trabajadores y los pequeños consumidores, que son los grandes perdedores (Yusuf Bangura, citado por Mengisteab, 1996, pp. 34-35). Los PAE no han resuelto la crisis africana, multidimensional, ni la marginación de África de la economía global ni los problemas estructurales propios a las economías africanas. Todo lo contrario, han mantenido el carácter extractor o dependiente de las económicas africanas, con estructuras coloniales, descuidando las necesidades sociales y el dinamismo interno ineludible para el desarrollo sostenible, y profundizando la fragmentación interna; situación que los hace cada vez más dependiente de la ayuda exterior proveniente principalmente de la Unión Europea, Canadá y Estados Unidos. De igual manera, muchos de los países latinoamericanos no dejan de depender del apoyo económico norteamericano mediante distintos mecanismos de las cuales destaca el Tratado de Libre Comercio (TLC), convertido en un sistema neocolonial o de recolonización de la región.

Estos problemas no pueden resolverse sin la recuperación por el Estado de sus funciones económicas y sociales, en particular sus capacidades de resolver los conflictos políticos que nacen de las desigualdades de desarrollo y de la crisis de la integración nacional. Por ello, es necesario apostar por un mayor diálogo horizontal entre África y América Latina como una alternativa para buscar mutuamente soluciones a los problemas derivados de las múltiples dependencias y a las asimetrías asociadas a la lógica y al proceso creciente de la globalización en países de ambos continentes.

---

con trasfondo étnico, por las desigualdades sociales y el desigual acceso a los recursos disponibles que se están generando entre los distintos grupos étnicos. Como queda demostrado hoy, las duras leyes de mercado impuestas a Ruanda, con la consiguiente caída del precio del café, explica *en parte* el genocidio sufrido por este país en 1994.

René Dumont (1997, p. 57), el agrónomo del hambre galo, pidió a los excluidos de todos los países, tanto del Norte como del Sur, a rechazar el orden moral neoliberal mediante la educación política permanente, por generar la liberalización de la economía mundial la creciente desigualdad Norte-Sur.

Tanto los países africanos como los latinoamericanos no deben perder de vista que el subdesarrollo común es una forma de dependencia del Norte, y es precisamente esta dependencia la que bloquea su desarrollo o les impide llegar al nivel de los ingresos y de desarrollo de los países industrializados (Hochraich, 2002, p. 36). El obstáculo estriba, según la autora mencionada, en la naturaleza del mercado mundial o las reglas de la globalización y de las instituciones que los controlan, un mercado mundial que sigue fundamentándose en la división internacional de trabajo tradicional. De ahí, la necesidad de establecer la interdependencia entre ellos, entre el panafricanismo y el latinoamericanismo o la cooperación Sur-Sur, para acabar con la dependencia.

Bibliografía

Ake, Claude. "The New Order: The View World Order. The View from Africa", en Hans-Henrik Holm y Georg Sorensen (eds.), *Whose World Order: Uneven Globalization and the End of the Cold War,* Londres, Westview Press, 1995.

Amin, Samir. "El dudoso futuro de la India como gran potencia", en AA. VV. *Poderes emergentes en Asia*, Barcelona, Hacer Editorial, 2006, pp. 39-52.

"Geopolítica del imperialismo contemporáneo", en Atilio A. Boron (comp.), *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, Buenos Aires, CLASCO, 2004, pp. 73-110.

El capitalismo en la era de la globalización (traducción de Rafael Grasa), Barcelona, Paidós, 1999, pp. 188 ss.

L' empire du chaos, París, L' Harmattan, 1991.

Antía, Fernando. "Uruguay 2002: Contagio, crisis bancaria y perspectivas", en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, nº 015, diciembre, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica de Ecuador, Quito-Ecuador, 2002, pp. 145-153.

Ansaldi, Waldo y Verónica Giordano. *Historia de Latinoamérica. Una perspectiva sociológico-histórica. 1880-2006*, Madrid, Crónica del Siglo XXI, 2006, pp. 174 ss.

Barber, Benjamin. *Djihad versus McWorld. Mondialisation et intégrisme contre la démocratie*, París, Pluriel, 1996, pp. 303 ss.

Baverez, Nicolas. *Nouveau monde, vieille France*, París, Perrin, 2006, pp. 393.

Benítez Manaut, Raúl y Daniel, Hernández. "Migración y seguridad. Nueva clave

en las relaciones Estados Unidos, México, Centroamérica" en Isidro Sepúlveda (ed.), *Seguridad Humana y nuevas políticas de defensa en Iberoamérica*, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2007, pp. 269-290.

Bustelo, Pablo. "Los orígenes de la crisis financiera de Argentina: una comparación con las crisis asiáticas", en *Boletín Económico de Información Comercial Española*, nº 2715, 7-13 de enero, Ministerio de Industria, Turismo y Comercio, Secretaría de Estado de Turismo y Comercio, España, 2002, pp. 9-14.

Chalmin, Philippe. *Le siècle de toutes les espérances?*, París, Belin, 2005, pp. 127 ss.

Chaparro Alfonzo, Julio. *¿Porqué ha fracasado la integración latinoamericana?*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1989, pp. 85 ss.

De Oliveira, Francisco. "¿Hay vías abiertas para América Latina?, en Atilio A. Boron (comp.), *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, Buenos Aires, CLASCO, 2004, pp. 111-118.

Del Pozo, José. *Histoire de l'Amérique latine et des Caraïbes. De 1825 à nos jours*, París, Nouveau Monde éditions, 2006. pp. 464 ss.

Delmas, Philippe. *Le bel avenir de la guerre*, París, Gallimard, 1997, pp. 283 ss.

Dumont, René. *Désordre libéral et démographie non contrôlée. Famines, le retour, Politis*, Mayenne, éditions-Arléa, 1997, pp. 62 ss.

Falk, Richard. *La globalización depredadora. Una crítica* (traducción de Herminia Bevia Villalba y Antonio Resines Rodríguez), Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2002, pp. 271 ss.

Fleury, Sonia. "Política social, exclusión y equidad en América Latina en los 90", en *Nueva sociedad*, nº 156, julio-agosto, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires, 1998, pp. 69-94.

Freres, Christian y José Antonio Sanahuja. "Perspectivas de las relaciones Unión Europea-América Latina. Hacia una nueva estrategia", en *Informe Final Documento PDF*, Madrid, Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI), Universidad Complutense de Madrid, 2005.

Giblin, Béatrice. "Nouvelle géopolitique en Amérique Latine", en *Hérodote. Revue de géographie et de géopolitique*, nº 123, París, 4° trimestre de 2006, pp. 3-8.

Giraud, Pierre-Noël. *L´inégalité du monde. Economie du monde contemporain*, París, Gallimard, 1996, pp. 352.

Glinkin, A. *El latinoamericanismo contra el panamericanismo. Desde Simón Bolívar hasta nuestros días*, Moscú, Editorial Progreso, 1984, pp. 212 ss.

Hafez, Ziad: "Vers un renouveau de l´ordre mondial?", en *Confluences Méditerranée*, nº 42, L´Harmattan, París, verano de 2002, pp. 169-179.

Held, David y Anthony McGrew. *Globalization/Anti-Globalization*, Cambridge, Polity, 2002, pp. 158 ss.

Hochraich, Diana. *Mondialisation contre développement. Le cas des pays asiatiques*, París, Syllepses, 2002, pp. 218 ss.

Horman, Denis. "Le néo-libéralisme: idéologie et réalité. Éléments pour une

critique de la pensée unique", en *Mondialisation de l´économie et coopération Nord-Sud: quelles alternatives au modèle néo-libéral?* (Actas del coloquio organizado el 27 de febrero de 1997 por Solidarité Socialista en colaboración con la ULB y la AGCD), Bruselas, 1997, pp. 16-27.

Kabunda Badi, Mbuyi. "La tradición democrática africana: la unidad en la uniformidad", en *Misioneras extranjeras,* nº 147, Madrid, 1995, mayo-junio, pp. 288-301.

Lacoste, Yves. *Géopolitique. La longue histoire d' aujourd'hui*, París, Larousse, 2006, pp. 336 ss.

Lagadec, Olivier. *Le* FMI *dans tous ses états*, París, Hatier, 1993.

Latouche, Serge. *L'occidentalisation du monde*, París, La Découverte, 2005, pp. 172 ss.

Mbembe, Achille. "Des rapports entre la rareté matérielle et de la démocratie en Afrique subsaharienne", en *Sociétés africaines,* nº 1, L´Harmattan, París, 1996, marzo, pp. 13-39.

Mengisteab, Kidane. *Globalization and Autocentricity in africa´s development in the 21st Century*, Asmara, AWP, 1996, pp. 229.

Moreano, Alejandro. "La guerra que espera su turno", en Eduardo Subirats (coord.), *América Latina y la guerra global,* México, Instituto Tecnológico de Monterrey-FCE, 2004, pp. 131-165.

Moreno, Isidoro. *La globalización y Andalucía. Entre el mercado y la identidad*, Sevilla, Mergablum, 2002, pp. 250 ss.

Paulet, Jean-Pierre. *L'espace mondial, pôles de développement et périphéries,* París, Ellipses, 1998, pp. 95 ss.

Paulet, Jean-Pierre. *La mondialisation*, París, Armand Colin, 2007, pp. 127 ss.

Ramonet, Ignacio. *Géopolitique du chaos.* París, Gallimard, 1999, pp. 269ss.

Saint-Upéry, Marc, *Le rêve de Bolivar. Le défi des gauches sud-américaines*, La Découverte, París, 2007, pp. 331 ss.

Schiffrin, Anya en colaboración con Joseph Stiglitz. *La mondialisation en 20 leçons* (traducción de Isabelle Dupuis y Benjamin Barnier), París, Éditions Danger Public, 2004, pp. 315 ss.

Taddei, Emilio, "Crisis económica, protesta social y «neoliberalismo armado» en América Latina", en *OSAL. Cronología*, nº 7, junio, Observatorio Social de América Latina (OSAL), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLASCO), Buenos Aires, 2002, pp. 29-36

Tandom, Yash. "Globalisation and Africa´s Options", en Dani N. Nabudere (ed.), *Globalisation and the Post-Colonial African State,* Harare, AAPS Books, 2000, pp. 56-82.

Traub, James. *The Best Intentions. Kofi Annan and the UN Era of American World Power*, Londres, Bloomsbury, 2007, pp. 442 ss.

Risério, Antonio. "Las Américas, la violencia, lo obvio", en Eduardo Subirats

(coord.), *América Latina y la guerra global,* México, Instituto Tecnológico de Monterrey-FCE, 2004, pp. 115-130.

Vaile, Mark. "Agriculture: l´Europe étrangle les pays pauvres" en *Le Monde*, 9 de noviembre de 2002.

Villegas Dávalos, Raúl. "La devastación del mundo laboral", en Raúl Villegas Dávalos (coord.), *La devastación imperial del mundo,* México, Universidad de la Ciudad de México-Fundación Cultural otro Mundo para el Tercer Milenio, 2004, pp. 9-101.

Ziegler, Jean. *L'empire de la honte*, París, Fayard, 2005, pp. 324 ss.